

Año CVII



Otra cara de la Vendimia

Nacha Farías
cuenta desde
su propia

historia los
secretos y

detalles de
una parte de

la Fiesta de
la Vendimia.

La realidad de
otros oficios

que hacen
grande la

culminación de
la cosecha

de la uva.

Una pequeña
gran historia
para los
mendocinos

Una de las artesanas de la Fiesta Nacional de la Vendimia, la santafesina Nacha Farías, con más de 20 años de actividad en nuestra provincia.

Un grupo de modistas ultiman detalles de los accesorios del vestuario del último festejo vendimial.



Nacha Farías. Y en alguna de sus palabras pareciera que, en vez de describir a la Telesita, hablara de la misma autora.

—A los 8 años yo escribía y mandaba cuentos a las revistas y mi abuelo, que me quería mucho, sacaba los coches del garaje y allí ponía en escena mi teatro. A mamá y mis tías les indicaba el vestuario que necesitaba y a los chicos que actuaban les escribía sus parlamentos, sus entradas, sus salidas. Claro, tenía a mi favor que a toda mi familia le gustaba el teatro, la música, la plástica. Tuve la suerte de haber escuchado a los concertistas más grandes del mundo, como Rubinstein. En fin, de haber tenido grandes maestros en la Escuela de Artes, como Sergio o Supisiche.

—Entonces se debió sentir bien al llegar a Mendoza...

—Cuando llegué a Mendoza, lo primero que hice fue escribirles una carta a mis amigos periodistas del diario Crítica. Dije que esta era una ciudad cartaginesa, donde a la gente le preocupaba mucho el dinero, la apariencia social, la vida de la "gran aldea". Cuando yo vine me desesperé sintiéndome sola y aislada por la dureza de la gente. Pero es natural, porque las influencias telúricas son tan importantes que uno no puede esperar otra cosa. Porque la montaña es dura, la forma de vida ha sido dura y las personas se forjan de igual manera. Acá hay que pelear por la tierra y todo es fruto del trabajo del hombre. Recién hace quince años que se siente con mucha fuerza un movimiento artístico importante y que involucra a los mendocinos en general. Donde la gente comienza a valorar el trabajo de su propia gente, como en el teatro, por ejemplo. De todas maneras pienso que todavía es necesario crecer afectivamente en el aspecto social sin mezquindades.

Lo que no se ve en Vendimia

Antes de la gran fiesta de marzo, toda Mendoza estaba pendiente de su realización. Los medios seguían los pasos y los protagonistas, en sus relatos, se veían ansiosos por el tiempo que los corría inexorablemente. Cuenta Nacha que en el momento final de la fiesta, cuando ella estaba en el pozo del escenario en el anfiteatro, sola, en un silencio que nunca se había escuchado en esos últimos días, se puso a llorar desesperadamente. Dice que sintió lo que todos, la necesidad de largar la emoción, pero también la ansiedad, los temores y los miedos vividos entre tiempos y contra-tiempos. Ella fue la encargada de hacer los bocetos, los moldes y de coordinar la fabricación de: 160 cascos de botellas, 80 guitarras corpóreas; 18 escudos departamentales y 1 provincial; 108 tocados para los "soles"; 108 tocados para la danza de las aguas; 108 palmatóreas (especie de candelabros); 80 flores de 1,30 x 1,10 m; 54 azadones y 45 palas; un muñeco de nieve, 80 banderas blancas y 80 banderas celestes, además de conseguir dos juegos de banderas latinoamericanas.

—Me sentía como una mosca, con ojos con mil celdillas para cumplir con los bocetos. Para que todos los elementos salieran iguales en tamaño, forma y color. Porque, si una es responsable del equipo, hay que estar ahí. En todo. Un responsable de utilería es la persona orquestista.

—¿Cuántas horas calcula que trabajó por día en la última fiesta?

—Unas 18 horas diarias. Bajé 3 kilos y medio. Tuvimos que hacer un trabajo que lleva por lo menos un mes y medio, en 14 días. Por esas cosas de la burocracia.

—¿Cómo define lo que es la utilería?

—Es copiar las cosas del natural para hacerlas en una dimensión que esté relacionada al lugar donde va a estar el espectáculo. Pero realizadas proporcionadamente al lugar donde va a estar el espectador. Hay que trabajar a escala. Por ejemplo, si tengo que poner una silla, deberé hacerla de un tamaño que se vea a 100 metros. Y es difícil. Porque esa silla, a la vez tiene que permitir que quien se sienta en ella no se vea desproporcionada en una silla monstruosa. En teatro es distinto, porque un sillón es del tamaño de un sillón y si no se consigue el buscado, pues se fabrica exactamente. Pero Vendimia es un escenario descomunal.

El destino final

—¿Adónde va a parar todo cuando termina la fiesta?

—Los vestidos se guardan en la Subsecretaría de Turismo, en una sala inmensa. Muchos de ellos se desdosen para armar vestidos nuevos o accesorios. Una parte de la utilería se llevaba al anfiteatro y otra se traía a Turismo. Generalmente se acarrean sin cuidado y cuando lo acomodan en su sitio. Así se van destruyendo, a menos que sean de materiales muy nobles. Yo no pretendo que esos elementos se eternicen. Yo he pensado que hay muchísimas cosas de las que se hacen (y muchas que están desde hace tiempo, que se han hecho en el 83 y se han usado en dos o tres fiestas, más la del 88) que pueden ser útiles para todas las instituciones provinciales que las necesitan. Creo que debería tenerse en cuenta su conservación.

—También sueño con un Museo de la Vendimia, en el cual se muestren todo el año objetos y vestuario, maquetas y fotografías. Me parece que es una economía muy mal entendida el destruir elementos interesantes para ver, sólo para aprovechar parte del material con que fueron contruidos.

—La Vendimia, ¿tiene un fin?

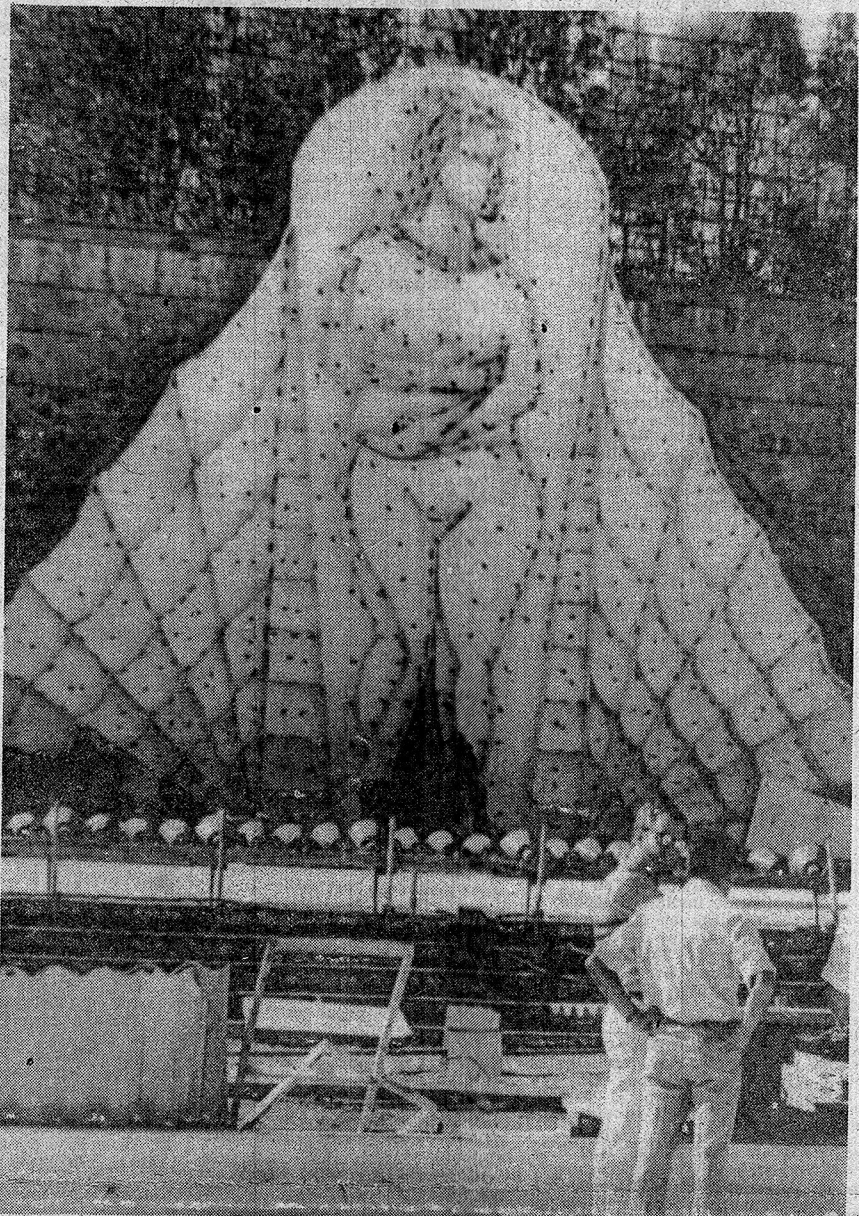
—No, se comienza una y ya se empieza a pensar en la otra. Por eso hay una Comisión Permanente de Vendimia. Creo que se trataría de un "museo didáctico" a través del cual la gente podría tener noción de la magnitud de la fiesta, de su gran significado. Fijese en los iluminadores y su trabajo no está registrado para que pueda mostrarse. Son esos hombrillos de color marrón rojizo por la cantidad de horas que pasan trabajando al sol, ajustando portalámpara por portalámpara, colocando cartoncitos y ajustando por detrás toda una maraña de cables. Eso también es la Vendimia. Lo que se ve es como en las películas, porque si detrás de todo el hermoso y monumental espectáculo no estuviéramos los utileros, los vestuaristas, los iluminadores, los carpinteros, etc., no sería posible. Y sería hermoso mostrarlo, de manera que nazca en otras generaciones las ganas de intervenir en esos trabajos considerados menores. Porque el público ve una cara de la fiesta, pero sería bueno que conociera al detalle la otra cara, la del trabajo monumental que se pone en evidencia en la cosecha, en la fiesta y en el trabajo de los que hacen posible la fiesta de la Vendimia. Toda una gran responsabilidad compartida. En ese aspecto, Pedro Marabini fue excelente. No sólo incorporó a todo el equipo a las reuniones de trabajo, sino que se comprometió en todo y permitió que la ayuda mutua culminara en un éxito.

—Porque es muy importante la participación de todos en todo. Como en la vida diaria.

Ahora que marzo quedó lejano, Nacha Farías ha vuelto a sus clases de plástica para niños, a los muebles antiguos para



Los artistas y bailarines ya están en escena. Muchas horas de intenso trabajo previo de utilería quedan atrás. El público y la crítica tienen entonces la palabra.



Los muchos años en el oficio le permitieron a Nacha Farías decir, sin pedantería, que "si a mí me dieran una escenografía, yo podría hacerla perfectamente".

Nacha Farías nació en Ceres, provincia de Santa Fe y tiene más de 20 años de mendocina. Es profesora de Artes Plásticas, autora y directora de teatro ("Brunegilda y el pino de la calle Pescadores", prólogo de "La Telesita en el tiempo", "El almacén de las novias", "La momia viajera", "La charca de los patos", "El retrato de Barba Azul"). Juan José Ponferrada la llamó "colega en el oficio teatral" y el doctor Lafou calificó de "perfecta" algunas de sus obras como "El retrato de Barba Azul" que se incluyó como lectura obligatoria en un curso en la Escuela Superior de Teatro, Retratista y fotografía, fue una de las fundadoras de la Peña Aconcagua.

Pequeña, menuda. Sin edad. Con su mirada vivaz transmite una capacidad de acción parecida a la de los adolescentes inquietos. Nació en Ceres, provincia de Santa Fe y tiene más de 20 años en Mendoza. Su necesidad más reciente es la de rescatar la actividad del utilero en las fiestas vendimiales. Ese personaje — hombre o mujer — que busca fabricar elementos comunes por los medios más insólitos, para que luzcan reales desde cualquier ángulo. Claro, ella fue utilera en varias ocasiones. Pero su historia comienza mucho antes.

—Primero estuve en el elenco de teatro de la Universidad. A veces hacía utilería en un lado y vestuario en otro. Pedía permiso para hacer todo, trabajaba hasta las 5 de la madrugada. En la preparación de la última Vendimia me quedé dormida mientras cortaba alambre. Hacía dos días enteros que no dormía. Comenzaron a faltar los chicos que trabajaban conmigo y tuve que empezar a suplirlos. Es que en esa época no había tiempo para nada. Lo que no ha sido organizado de antemano suele traer muchos problemas. —La gente no tiene ni idea de lo que significa hacer un espectáculo como la Fiesta de la Vendimia! Es un trabajo poco considerado y poco respetado respecto del cuidado posterior de los elementos realizados para esa fecha. Yo no digo que todos deban conservarse, pero sí aquellos que han dado mucho trabajo y dedicación.

Un trabajo desprestigiado

—¿El de utilero es un trabajo desprestigiado porque se trata de hacer "accesorios" y nada más?

—Es un trabajo considerado como una artesanía y no arte. Sin embargo, el utilero que no es creativo no puede hacer nada. A mí me dijeron: hay que hacer 180 cascos con forma de botella. Con el boceto en la mano yo tengo que pensar en las personas que lo van a llevar, en el tiempo que lo van a tener en sus cabezas, en el vestuario y en la coreografía. Pero también en los materiales livianos, en los colores y en el tamaño que deben tener los cascos para ser visibles desde 150 metros y en un escenario con una cantidad tremenda de luces y formas con las que deben armonizar y entre las que deben destacarse. Como estos, son muchísimos detalles los que hay que tener en cuenta. Conclusión: ¿quiere saber con qué hicimos los famosos cascos? Los hicimos con alambre de pajarera forrado con lienzo y coloreados con papeles metalizados, de afiche y glacé, que se aprobaron después de muchas intentos y discusiones. Esto es una parte del trabajo de utilería.

—En el tema Vendimia, ¿usted se siente creativa siendo utilera?

—Y...yo pienso que si a mí me dieran una escenografía yo podría hacerla perfectamente.

—¿Siempre se arriesga de la misma manera?

—Me animo porque "siento" cuando estoy pensando o estoy escuchando. Siento que estoy "viendo" las cosas. Lo mismo me sucede cuando escucho música. Y lo hago cuando pinto, ilumino, hago el vestuario, doy clases de plástica o restauro muebles antiguos.

—De su autoría, ¿qué obra de teatro le gusta más?

—Yo digo que no voy a morir sin ver "La Telesita en el tiempo". Pero como casi todas las personas que estamos en esto no dispongo del dinero para poder ponerla en escena.

Toda una vida

—En la Telesita, y desde el fuego, viene la fuerza purificadora y redentora, pero también consumidora del milagro de transformación del cuerpo en sublime y volvedor halo fantasmal de baile y recuerdo.

—Consumirse para poder volver, como el fruto y la tierra empezando cada vez de la nada", dice Luisa Elida Fauri en un comentario acerca de la obra de